

... si el enemigo triunfa, ni siquiera los muertos estarán seguros. Y ese enemigo no ha cesado de triunfar.

WALTER BENJAMIN, *Tesis de filosofía de la historia*

Como todo *campo*, el de la infancia está compuesto por enfoques, análisis, estudios y conceptos, por la práctica que incluye un conjunto de acciones, programas y políticas y, finalmente, por una amplia gama de actores participantes. También comprende la producción de discursos destinados a conformar las subjetividades intervinientes en él. Por ello, aun siendo un *campo* que se podría presumir definido, es propenso a ambigüedades que ocultan relaciones sociales de dominación, lo que conduce a imprecisiones que se podría afirmar que no son inocentes. Esta aseveración tiene aún más fuerza dadas la expansiva difusión mediática y la aparente preocupación pública que el tema de la infancia cubre en la industria cultural.

En la dimensión temporal de la infancia y la adolescencia se pueden reconocer tres instituciones que dejan marca en su desarrollo: la familia, la escuela y los medios de comunicación. Las dos primeras son las que tradicionalmente han recibido más atención. En este capítulo pretendo concentrarme —aunque no de manera exclusiva— en la forma más general e ideológica de trasmisión de las diferentes relaciones de dominación que se establecen sobre la infancia y la adolescencia. Allí sin duda tiene mucha incidencia la familia y —todavía— la escuela, aunque de una forma creciente están asociadas las distintas organizaciones de la sociedad civil, el sector privado y los medios de comunicación que amplifican los discursos explícitamente

distorsionados, con la pretensión de ocultar esas relaciones de dominio. Intentaré aquí avanzar en la localización y revelación de las oscuridades que considero más relevantes y en la envergadura que revisten determinadas argumentaciones en su objetivo intergeneracional de estabilizar una relación de dominación sobre niños y adolescentes.

La infancia y la vida

La infancia y la adolescencia se identifican con la vida como iniciación. La infancia es nacimiento y alumbramiento. El filósofo italiano Giorgio Agamben¹ explica bien cómo los griegos no tenían una sola palabra sino dos para denotar la vida. Por un lado estaba la *zoé*, que expresaba la vida pura, el simple hecho de vivir, la *nuda vita* (vida desnuda) como vida fuerza o vida biológica, y por otro lado el *bios*, la vida relacional que implica el lenguaje, la política y la ciudadanía. En el caso de la infancia uno podría resumir la *zoé* en sobrevivencia y el *bios* en la ciudadanía y la política.

Foucault,² a su vez, ha planteado la palabra "biopolítica" para analizar la relación del poder con el cuerpo viviente y, al mismo tiempo, con la construcción de subjetividad. La biopolítica define el acceso a la vida y las formas de su permanencia, y asegura que esa permanencia se desarrolle como una situación de dominación. En las instancias iniciales de la vida, la biopolítica designa la situación en la cual se suprime el *bios* para despojar todo lo humano de los humanos, dejándolos sólo como *zoé*. Según Foucault, en la antigüedad el hombre tenía una existencia destinada a la vida política; en cambio, esa relación se invierte en la actualidad, en donde la política tiene como objeto al ser

¹ Agamben (2003a), pp. 9-23.

² Foucault (1977), vol. 1, p. 173.

viviente. Foucault abandona así el enfoque clásico del poder jurídico institucional para pasar a visualizarlo como el modo específico en que el poder penetra en el cuerpo de las personas, en su subjetividad y en su forma de vida. En un principio se trataba de un poder externo de castigo que generó la sociedad disciplinaria. Pero también Foucault llegó a conceptualizar el paso de esa sociedad disciplinaria a una sociedad de control en donde los mecanismos y dispositivos de dominación se distribuyen y difunden más sutilmente en la sociedad, logrando que cada vez más los ciudadanos internalicen las pautas y códigos de integración o exclusión. El poder se entreteje con dispositivos muy fuertes que organizan la vida y el cerebro humano a través de las poderosas máquinas de comunicación social, las redes informáticas y una amplia gama de sistemas de control. La biopolítica se constituye entonces como biopoder. El punto aquí es el control de la subjetividad: el poder se ejerce ahora desde dentro cuando muchos, casualmente, creen que desarrollan una personalidad propia y autónoma. En otras palabras: la biopolítica establece las condiciones de ingreso en la fuerza laboral, determina las relaciones de filialidad en la familia, condiciona la individuación y la heteronomía en el proceso educativo, sistematiza la inserción en el mercado de consumo y regula el comportamiento a través de la ley.

La infancia es la instancia de la inauguración de la vida y en donde la aparición de la biopolítica aflora en su forma paroxística. Y aquí distingo tres niveles. El primero es propiamente la vida y el acceso a ésta.

El niño sacer

El primer dispositivo biopolítico es el poder directo sobre la vida como negación de la vida o la política de expansión de la muerte. La mortandad de niños, niñas y adolescentes es la forma más silenciada de la biopolítica moderna. Denomino,

entonces, forma superior de biopolítica a la que se aplica a las nuevas generaciones. En este caso, la muerte masiva de 30.000 niños, niñas y adolescentes por día, algo que aparece completamente naturalizado sin que nadie pueda ser condenado por semejante situación.

Es por esta razón que, parafraseando a Agamben,³ existe un *niño sacer* que aunque representa el inicio de la vida, ésta puede ser suprimida de manera impune. Casi todas las “culturas” han definido el carácter sagrado de niños y niñas y, al mismo tiempo, su muerte ha sido motivo central de ofrenda a los dioses. La mayoría de nuestros niños y niñas se han convertido en *niño sacer*. una figura del derecho romano que se traduce por su carácter *in sacrificable* pero que, a la vez, *cualquiera puede matar quedando impune*. Miles de niños y niñas mueren cotidianamente y se transforman en *niño sacer*. son eliminables o desechables y la característica básica es que su muerte no entraña ninguna consecuencia jurídica. Por lo tanto, en el caso de que mueran de hambre, de enfermedades curables o prevenibles, de que sean víctimas de la guerra, de manera sospechosa nadie es responsable de ello. Desde el derecho romano, la vida del niño ha sido definida como contrapartida de un poder que puede eliminarla. *Vitae necisque potestas* designa ya en el hecho de nacer la *potestas* del padre de dar vida o muerte al hijo varón.⁴

³ Agamben (2003a) habla del *homo sacer*, que “es precisamente aquel a quien cualquiera puede matar sin cometer homicidio” (pp. 93-97 y 243-244). El *homo sacer* de Agamben está relacionado con el exterminio en el Holocausto, con la vida puesta en un campo de concentración. En el presente, la forma suprema del *homo sacer* es el *niño sacer*, a quien se asesina o apenas sobrevive en la vida desnuda. Los llamados pobres, indigentes y “desechables” entran en esta categoría ya que su muerte no tiene casi ninguna consecuencia jurídica. Así es la *nuda vida*, la vida “desnuda”, a la que cualquiera puede anular impunemente, es decir que los responsables ni siquiera pueden ser condenados de acuerdo con los rituales establecidos.

⁴ Véase Agamben (2001), p. 14.

En el caso del *niño sacer* incluso puede ser asesinado sin que ese asesinato constituya delito.

La *nuda vida* (o vida desnuda) es la existencia despojada de todo valor político, esto es, de sentido ciudadano. Así explicaba Foucault que, desde la Antigüedad, el soberano que convocaba a la guerra reclamaba la vida de sus súbditos: más que la vida exigía la muerte como el derecho a dejar de vivir. Esta situación todavía hoy persiste en la forma del *niño sacer*. Consiste en la naturalización del horror de millones de niños, niñas y adolescentes que mueren todos los años (10,6 millones), más que en silencio, en una muerte verdaderamente silenciada y cuya responsabilidad no puede ser atribuida a nadie.

Se transforman también en *niño sacer* los niños, niñas y adolescentes que son reclutados para ir a la guerra, proceso de enrolamiento que comprende su instrucción para matar. En la última década, dos millones de niños han muerto en conflictos armados. Desde 2003, más de catorce millones de niños se vieron obligados a desplazarse dentro y fuera de sus países, y entre ocho mil y diez mil niños mueren o resultan mutilados cada año por minas de tierra. Más de doscientos cincuenta mil menores siguen siendo explotados como niños-soldado por grupos y fuerzas armadas en todo el mundo. Los mecanismos de inducción al odio, a la demonización del otro y la dinámica de intransigencia que se desata, se asocian al exterminio.⁵

Es un dato más que evidente: también los niños y las niñas son las primeras víctimas de la guerra. Desde 1990, se estima que el 90% de las muertes relacionadas con conflictos armados en todo el mundo han sido de civiles y un 80% de las víctimas han sido mujeres y niños. En el lenguaje militar, esto se denomina depravadamente *daños colaterales*. Muchos niños no mueren pero sufren otros padecimientos: quedan huérfanos, son

⁵ Recordemos que en Ruanda, en 1990, sólo en noventa días fueron muertos más de trescientos mil niños.

mutilados y deben soportar todo tipo de complicaciones psicosociales debido a la exposición directa a la violencia, al rapto, al desplazamiento, al abandono y a la pérdida de sus seres queridos. Según la Organización Internacional del Trabajo, doce millones de personas están bajo el régimen de trabajo forzado en el mundo; la mayoría de ellos son niños y niñas. Y a lo anterior se deben añadir las escuelas destruidas, los hospitales afectados, los insumos escolares y en salud básica inutilizados y los sistemas de agua potable sin funcionar.

Finalmente, la política de desaparición de niños, niñas y adolescentes es otra forma paroxística del *niño sacer*. Consiste, en este caso, en un plan de exterminio de una posibilidad emancipatoria. La infancia como otro comienzo tiene que ser desaparecida. En términos biopolíticos, ser joven es considerado subversivo: portar rostro corresponde a ser enemigo y ser niño o niña, incluyendo su estado en gestación biológica, representa un peligro potencial, ya que es vida abierta a la posibilidad de un nacer como principio emancipador. Aquí, la propuesta biopolítica es también cruel: eliminar a los padres y entregar a los niños a padres simulados. Se trata de la biopolítica en su estado bruto pues equivale a una criminalidad que extirpa desde las mismas entrañas. La muerte de adolescentes, el secuestro y el latrocinio de la identidad de niños y niñas por parte de la dictadura militar argentina constituyen el ejemplo más claro para entender la significación de la infancia como categoría emancipatoria: trágicamente, el niño o niña aquí también es primero en el camino de la desaparición.⁶

⁶ El papel de las madres y abuelas de jóvenes, adolescentes y niños desaparecidos durante el proceso militar argentino ha sido crucial en la lucha por los derechos humanos desde la política. Han jugado un rol igualmente definitorio en la apertura democrática y en la construcción de una memoria colectiva. Una persona que ha desempeñado y desempeña un rol ejemplar y verdaderamente comprometido en la lucha por los derechos de la infancia es la hermana Marta Pelloni. La hermana Pelloni consiguió movilizar a la

En la dimensión de la muerte, la biopolítica de los que dominan carece de dudas: "se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir". Además, Foucault sostiene de manera lúcida:

Si el genocidio es por cierto el sueño de los poderes modernos, ello no se debe a un retorno, hoy, del viejo derecho de matar; se debe a que el poder reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos masivos de población.⁷

Infancia y pobreza

El segundo dispositivo de la biopolítica de la infancia es la vida sobreviviente, la *zoé* de niños y niñas que está relacionada con la materialidad del existir, con su mera sobrevivencia. Y lo que expresa esa situación es la infancia en situación de pobreza.⁸

Muchos y variados son los conceptos de pobreza y sus dimensiones asociadas. La expansión teórica y metodológica que ha tenido el concepto es admirable y ha contribuido tanto a la concomitante confusión de sus usos y desarrollos programáticos como a su incapacidad para inspirar una práctica trasfor-

población de una tradicional provincia argentina para aclarar y no dejar impune la muerte de la adolescente María Soledad Morales, y logró un cambio histórico al derrotar políticamente a una oligarquía gobernante corrupta y opresora. El análisis de Carli (2006: 19-54) del período argentino 1983-2001 es muy pertinente para entender la violencia contra la infancia y la adolescencia, y las representaciones del niño en los medios de comunicación y la política desde la vuelta a la democracia.

⁷ Foucault (1977), pp. 165 y 166.

⁸ Incluyo aquí la indigencia o lo que algunos denominan "pobreza absoluta".

madora ante una realidad que, en el caso de niños, niñas y adolescentes, resulta intolerable.⁹

Ahora bien, esta producción intelectual no es cándida y, precisamente por eso, la mayor parte de ella tiene como objetivo ocultar aquello que describe. Los discursos sobre la pobreza llevan embutidos los argumentos que derivan en acciones o en modos de entender el problema que no son conducentes para su superación. Como veremos, existen en la biopolítica poderosos dispositivos ideológicos que legitiman una situación de dominación por medio del ocultamiento de la relación social primaria que la expresa; en este caso, la de los ricos sobre los pobres. La escasez de propuestas sobre la pobreza consiste principalmente en “empobrecer” el discurso en esa tensión dominante-dominado, donde la situación de pobreza de la infancia debe ser entendida y localizada como relación social. De todos modos, si hay un incremento del control político sobre nuestras vidas, éste ya no se desarrolla sólo a través de los aparatos tradicionales de control y sometimiento —la justicia o la policía, que supondrían la existencia de personas en tanto ciudadanos—, sino a través de mecanismos que despojan previamente a los individuos de todo derecho o etiqueta jurídica: la nutrición, los sistemas de salud y educación que excluyen a los pobres, ya sea imposibilitando su ingreso a estos servicios o a través de niveles bajísimos de calidad.

⁹ Hay excepciones. Una muy buena sistematización, análisis y discusión entre varios autores figura en las compilaciones hechas por Julio Boltvinik (2003a y 2003b). Los artículos de Peter Townsend, Amartya Sen, Jonathan Bradshaw, David Gordon y los propios de Boltvinik son altamente recomendables. Más recientemente, Boltvinik (2007) ha publicado otra sistematización del concepto incluyendo la nueva visión del “floreamiento humano”. En relación con la infancia, Minujin y Delamónica (2005) han publicado un excelente trabajo sobre la pobreza y los niños, donde se analizan los conceptos, la medición y las políticas. Para analizar la extensión del problema, las últimas discusiones metodológicas y conceptuales y las políticas involucradas para el combate a la pobreza crónica es interesante visitar el sitio www.chronicpoverty.org y los vínculos allí recomendados.

No pretendo aquí amplificar esta discusión con argumentos que he dado hace bastante tiempo.¹⁰ La pobreza y la riqueza no son sólo una distribución estadística. Esa relación tiene que ver principalmente con la igualdad, esto es, con el entendimiento de que la pobreza se da en el interior de relaciones sociales de dominación, asociadas, en última instancia, a la distribución del poder económico y a las modalidades en que éste influye y determina la práctica política.

Es oportuno esclarecer, en este punto, el manejo del eje exclusión-inclusión. Generalmente, se piensa en la exclusión como equivalente a la pobreza, lo que reduciría la política social a “la inclusión” en un sistema de relaciones sociales que garantizaría una ciudadanía plena bajo condiciones de igualdad. Sin embargo, la cuestión es bien otra: es como la relación entre el todo y la parte en la cual hay una parte que no tiene parte. La inclusión no pasa por un concepto de igualdad aritmética en donde cualquier atributo se distribuye en proporciones iguales. Tampoco se trata de una igualdad geométrica en donde el objetivo es distribuir los costos y beneficios por el hecho de ser incluidos en la sociedad. La política social como puesta en práctica de la igualdad no tiene que ver con el restablecimiento de un supuesto equilibrio de ganancias y pérdidas entre las personas o grupos de una sociedad particular. No se trata entonces de repartir el todo entre las partes ni de armonizar según lo que le corresponde a cada parte geoméricamente, puesto que no habría parte de los que no tienen parte. Según Rancière,¹¹ no hay política sólo porque los pobres se oponen a los ricos, sino que hay política —sobre todo social— cuando se interrumpe la dominación de los ricos. Hay un quiebre de la estructura del todo como expresión de una relación de dominación y una discontinuidad en la lógica de las apropiacio-

¹⁰ Véase Bustelo (2000), cap. vi.

¹¹ Rancière (1996), p. 25 y ss.

nes. "La política existe cuando el orden natural de la dominación es interrumpido por la institución de una parte de los que no tienen parte." La política no es, entonces, el orden arbitral que restaura una armonía de manera proporcional sino que, en las antípodas, intenta alterar el orden supuestamente armónico que deja afuera a los que no tienen parte. Así, la política social tiene sentido como el partido de los pobres pues representa a los que no tienen parte mientras que, simétricamente, el partido de los ricos representa la antipolítica como forma de negar un quiebre de la totalidad por parte de aquellos que no tienen parte. Pero el *statu quo* es también una totalidad que no termina de completarse. La dinámica política es el todo contra la parte que no tiene nada y el cambio del todo como totalidad del poder, pues no puede haber inclusión de los que no tienen parte sin afectar la naturaleza misma del todo. En otras palabras, la totalidad del *statu quo* no puede quedar inalterada por la inclusión de los que están excluidos.

Para una política por la infancia y con la infancia, también el centro de la cuestión es el poder, esto es, si éste puede ser determinado en una dirección opuesta a la opresión que genera la pobreza o si puede producirse un contrapoder que emancipe a las víctimas de su opresión. La cuestión de la infancia pobre es, entonces, una cuestión biopolítica mayor. No hay políticas para la infancia fuera de la política y que, por lo tanto, no pasen por la construcción de relaciones sociales isonómicas. En otras palabras, todo discurso que plantee la pobreza por fuera de las relaciones sociales de dominio y, sobre todo, como una situación que requiere soluciones externas a la práctica política —concebida ésta como proceso colectivo emancipador— está asociado directa o indirectamente a ejercicios argumentativos para justificar el *statu quo*. Digámoslo sin eufemismos: analizar el hecho social del ser pobre o, más particularmente, la situación de la infancia pobre, sin relacionarlo con los procesos económicos de concentración de ingresos, riqueza y poder, es como trabajar por y para su reproducción.

En el caso de niños y niñas no hay más que una simple y transparente constatación: la mayoría de ellos son pobres y la mayoría de los pobres son niños. Uno de cada dos niños y niñas es pobre en el mundo. La cantidad de niños y niñas trabajadores y explotados es superlativa. Ellos permanecen en el mundo de la *zoé*. La desigualdad de las relaciones sociales afecta profundamente la situación de la infancia.¹² El análisis de los determinantes de la pobreza en la infancia es por demás conocido. El impacto de sus consecuencias de todo orden está ya sobreargumentado, y nuestra responsabilidad como adultos es moralmente inconmensurable.¹³

Pero, siguiendo con estos argumentos, la cuestión no es sólo analítica sino sobre todo biopolítica, pues hablamos de poder. Se confirma, entonces, que la cuestión central en la relación pobreza/infancia es el poder, puesto que niños, niñas y adolescentes son por antonomasia los que no tienen poder. La biopolítica de la infancia trata de la muerte y de quienes acceden a la vida, y de cómo, una vez en ella, intenta mantenerlos en la *zoé* como sobrevivientes a los que se puede inhibir o regular el desarrollo de la ciudadanía y su acceso a la política. En otras palabras, la biopolítica implica un estatuto regulador de la vida, pues en esta instancia de la edad temprana es donde se define quién accede a ella, quién no y quién permanece en ella reglamentando las condiciones de esa permanencia. Y esto se expresa principalmente a través de una acción directa como supresión de la vida y como forma de control mediante la sutil imposición de una visión que oculta un orden social y político opresivo.

¹² Minujin y Delamonica (2004): "Mind the Gap! Widening Child Mortality Disparities", *Journal of Human Development*, vol. 4, n° 3, noviembre.

¹³ En los países del primer mundo, la situación de pobreza de los adolescentes y su lugar en la cultura no parece —salvando diferencias en los niveles de vida— ser muy distinta de la que viven los adolescentes en América Latina. Así lo describen, por ejemplo, la novela de la Premio Nobel en literatura Elfriede Jelinek, *Los excluidos*, o el filme de Jean-Pierre y Luc Dardenne, *El niño*.

Biopolítica y legitimidad

El tercer dispositivo de la biopolítica está relacionado propiamente con el *bios*, esto es, el control de los que sobreviven a través de la construcción de la legitimidad de una visión hegemónica de la infancia. Esta legitimidad normaliza la visión particular de una relación social al mismo tiempo que la oculta. En el caso que analizamos, su propósito es controlar la vida desde su inicio y en su propia interioridad. Se trata de la sociedad de control de la que ya hablamos. Respecto de la infancia, esta construcción comprende una visión social de la relación entre los adultos y los niños así como la que tienen los niños y adolescentes con los adultos y el mundo.

Deseo hacer aquí algunas precisiones conceptuales puesto que, tratándose de la infancia, estamos muy lejos del “fin de las ideologías”. Muy por el contrario, las comunicaciones distorsionadas forman parte de los mecanismos a través de los cuales el poder sobre niños, niñas y adolescentes legitima un sistema de dominación. Jürgen Habermas (2002) ha puntualizado que la ideología desactiva la forma comunicativa del lenguaje para servir a los intereses del poder. Y si las formas de la comunicación son sistemáticamente distorsionadas, se producen dos cuestiones cruciales para entender su vigencia en la lucha política: la apariencia de normatividad y la imparcialidad. La normatividad hace alusión a un “deber ser” cuyo “deber” se impone como práctica discursiva de poder. En el caso de la infancia y la adolescencia, es un “deber” despótico al que todo se debe. Es un deber, sin apelativos, a los adultos. La imparcialidad, a su vez, se refiere a su supuesto carácter objetivo: coincidencia pura y plena con una realidad ante la cual sólo cabe someterse. En esas condiciones, la distorsión sistemática de mensajes consigue abolir incluso las propias dimensiones a través de las cuales se puede juzgar su deformación y, de ese modo, se vuelve invulnerable a la crítica. La ideología que puede ser expresada en la forma de un discurso, de una política o de un programa

ma, alcanza así su máxima potencia al invalidar su exterioridad. Como lo ha explicado Terry Eagleton, la ideología llega a su punto máximo de eficacia cuando niega la posibilidad de un "afuera".¹⁴

Sin embargo, la ideología también está relacionada con el sujeto pues penetra en el desarrollo mismo de la subjetividad: es una estructura que se impone sin pasar necesariamente por la conciencia.¹⁵ Es por esto que Bourdieu formula el concepto de *habitus*,¹⁶ con el que designa la inculcación en hombres y mujeres de un conjunto de disposiciones duraderas que generan lo que denomina "inconsciente cultural". Se naturaliza así un orden social por medio de estructuras objetivas y subjetivas. Particularmente agudas son sus observaciones sobre cómo opera una ideología en términos de "campos".¹⁷ Éstos son sistemas de relaciones sociales que funcionan respecto de un área en donde se compite por lo mismo, y que funcionan con su propia lógica interna. En los *campos*, y particularmente en el de la infancia, se juega el máximo de dominio cuando los agentes que detentan el poder se legitiman con un discurso distorsionado que otorga validez a los participantes dóciles y, al mismo tiempo, consiguen dejar de ser reconocidos como lo que son: poder y dominación.

¹⁴ Este aspecto es de una efectividad impresionante. Por ejemplo, es altamente probable que las críticas como las de este trabajo sean tratadas como impiadosas o "desalmadas" y caracterizadas como carentes de objetividad. La crítica queda entonces externalizada, los argumentos que quedan de lado interior son legitimados y la visión del *campo* que impone el biopoder se hace aparentemente inviolable. Véase Eagleton (2003, pág. 228).

¹⁵ El poder mediático que determina en la mayoría de los casos las prioridades políticas de la democracia representativa hace crecientemente imposible, a su vez, diferenciar entre tecnologías políticas y tecnologías para la construcción de la subjetividad. Ellas son siempre políticas.

¹⁶ Bourdieu (1997), pp. 129 y 130.

¹⁷ *Ibid.*, p. 49.

En el *campo* de la infancia, estas prácticas discursivas distorsionadas y manipulatorias se han constituido en un orden natural en el que los factores de poder entienden que es durante la infancia cuando se inicia el proceso constructivo de su situación de dominio y el ocultamiento de la relación de dominio se hace más evanescente. Se cumple en este *campo*, como quizás en ningún otro, aquel primado que establece que una relación de dominación para ser efectiva debe permanecer oculta. Funciona así como una inmensa máquina de captación de incautos y de lavar conciencias o como un “analgésico” de amplio espectro para aquellos que sinceramente se comprometen y creen hacer el bien.¹⁸

Pero también en el *campo* de la infancia existen rivalidades y luchas para obtener poder simbólico y prestigio entre diferentes grupos, organismos civiles, religiosos, sindicales, organizaciones sectoriales, la institucionalidad pública responsable de la infancia y la adolescencia, y empresas comerciales. Eso implica que en el interior del *campo* existe, parangonando a Foucault, una microfísica del poder, y analizarla sería como descubrir su anatomía. Se trataría de analizar este *campo* “como conjunto de

¹⁸ Afirma Slavoj Žižek (2003: 22 y 23): “Si, hoy, uno sigue una llamada directa a actuar, este acto no se realizará en un espacio vacío —será un acto dentro de las coordenadas ideológicas hegemónicas: aquellos que ‘realmente quieren hacer algo para ayudar a la gente’ se involucran en hazañas como las de los Médicos sin Frontera, Greenpeace, campañas feministas y antirracistas, que no sólo son toleradas, sino incluso apoyadas por los medios de comunicación aun cuando se entrometan aparentemente en el territorio económico (digamos denunciando y boicoteando compañías que no respetan las condiciones ecológicas o que utilizan mano de obra infantil)—, son toleradas y apoyadas con tal de que no se acerquen demasiado a un cierto límite. Este tipo de actividad proporciona el ejemplo perfecto de interpasividad: de hacer cosas no para lograr algo sino para evitar que algo pase realmente, que algo cambie. Toda la actividad del filántropo frenético políticamente correcto, etcétera, encaja en la fórmula ¡sigamos todo el tiempo cambiando algo para que, globalmente, las cosas permanezcan igual!”

los elementos materiales y las técnicas que sirven de armas, de relevos, de vías de comunicación y de puntos de apoyo a las relaciones de poder".¹⁹

Incluso se puede afirmar que el poder ejercido en este *campo*, más que una propiedad o un atributo, es una estrategia hegemónica de dominación que está compuesta de tácticas, subterfugios, tergiversaciones conceptuales, manipulaciones y dispositivos que tienen dos destinos: por un lado, se aplican como legitimación de enfoques y políticas para quienes están dentro del *campo* y, por el otro, para lograr en el caso de la infancia sujetos obedientes, sumisos y ordenados (véase el recuadro 1).

Hechas estas reflexiones, vamos ahora a revisar con más detenimiento los dos enfoques que considero hegemónicos respecto de la relación social que involucra a niños y niñas. Digamos, desde el inicio, que ambos no son excluyentes sino funcionalmente complementarios.

La compasión

El primer enfoque prevaleciente respecto de la infancia es, ciertamente, el basado en la compasión. Es el enfoque histórico tradicional. En la compasión, los niños y niñas son objetivados como sostén de sentimientos y de programas. La compasión, movida sobre todo por dramaticidad, anula los derechos y el fundamento de la ciudadanía.²⁰ Como seres indefensos e

¹⁹ Foucault (1976), p. 35 y ss.

²⁰ Hay una tradición que viene desde la Inglaterra victoriana que vincula la pobreza a "falla" moral. Los pobres son el resultado de algún vicio o pecado: alcoholismo, drogas, procacidad sexual, etcétera. Por eso, la pobreza es una situación no de reconocimiento de derechos sino de compasión o caridad. Precursor de este enfoque fue William Booth, fundador del Ejército de Salvación. Publicó en 1890 el éxito editorial *En lo más oscuro de Inglaterra*, don-

inocentes son objetivados a través de la práctica compasiva. ¿Cómo no movilizar los sentimientos, cómo no ayudar, cómo no entregarse a su causa, cómo no con-padecerse con niños y niñas? Los medios de comunicación masiva abusan en la presentación de este discurso mediante la promoción de situaciones de ayuda social “meritoria” y personas supuestamente ejemplares con avisos y campañas publicitarias. También se apela a temas que crean escenarios de una exageración perversa mostrando situaciones y casos límite de abuso, trata y explotación de niños, niñas y adolescentes. Esa exageración está intencionalmente presentada —más allá de la situación objetiva de esos niños oprimidos— puesto que se produce un ambiente mediáticamente exasperante con el propósito principal de vender espacios publicitarios. Se presume que esta estimulación está directamente asociada a la sensibilización de la población que es la base de la construcción de un contexto que aparece como compasivo (véase el recuadro 2).

Aunque se apela al niño pobre, lo fascinante es cómo se evade el problema de la redistribución de los ingresos y la riqueza, que es la base de la explicación de la infancia pobre: se plantea ingenuamente que lo que les sobra a unos es exactamente lo que necesitan otros y que, por lo tanto, sería sólo suficiente poner en contacto al donante y al necesitado. Dar lo que sobra implica, además, soslayar la relación de dominación en la que se hallan inmersos los niños pobres pretendiendo que hay una solución que se deriva, por un lado, de un compromiso individual al que se le atribuye solidaridad (el benefactor) y, por otro lado, a la aceptación pasiva de una “generosidad” cuyo carácter virtuoso insospechado anularía toda manipulación o dominación.

de argumentaba que la superación de la pobreza era un problema religioso y no científico. Entre sus prescripciones estaba el trabajo como forma de “suplicio moral” correctivo para las personas privadas de libertad en prisiones o institutos correccionales. Véase Himmelfarb (1992), cap. 15, pp. 218-234.

Asimismo, dicha generosidad coincidiría con el atributo de ser gratuita o de tener un costo mínimo, ya que eliminar la pobreza depende sólo de un gesto, apenas una actitud, que en el fondo "no cuesta nada".²¹ El supuesto "no costo", a su vez, está pensado, por un lado, como contrapartida a lo "costoso" y corrupto de las políticas estatales y, por otro lado, al voluntariado social al que se le asocian las características de seriedad, generosidad y altruismo.²²

Afirmo que los sentimientos, en general, no pueden ser banalizados pero ciertamente no son suficientes. Una cosa es compadecer y otra es esparcir gas lacrimógeno para provocar respuestas inmediatas y *ad hoc* para neutralizar una conducta política proactiva por una efectiva instrumentación de los derechos de la infancia. Asimismo afirmo que el paternalismo/maternalismo reproduce una relación, que se pretende protectora, pero es descaradamente asimétrica. El que protege es due-

²¹ Es impresionante el surgimiento de redes de solidaridad, proyectos y fundaciones solidarias, y hasta los más audaces que anuncian el advenimiento de una "revolución" solidaria. Todas estas fundaciones tienen, en general, un sitio web en el que anuncian sus propósitos. Son muy ilustrativas aquellas en donde la "protección" que dan está arancelada. Por ejemplo: un niño, U\$S 30 por mes; un niño VIH positivo, U\$S 35 por mes; una familia pobre, U\$S 40. Véase como ejemplo: "Help a Child to Escape the Tidal Wave of Poverty. Sponsor a Child Today!!!", en www.worldvision.org. En los aspectos conceptuales se han producido muchas publicaciones sobre la solidaridad, algunas de una insustancialidad supina, como el libro de Pacho O'Donnell (2001), u otras que proponen, como la de Marcos Aguinis (2001), verdaderos despropósitos tales como que la solución de la Argentina está en el voluntariado.

²² El tema del voluntariado como práctica social ha sido bien estudiado desde hace mucho tiempo (recuérdense los análisis de Marcel Mauss sobre la economía del "don") y su fundamento generoso y altruista ha sido seriamente cuestionado. Véase P. Bourdieu (1997), capítulo 6, dedicado a la economía de los bienes simbólicos. Con respecto al voluntariado católico, al que también muchos cuestionan su "entrega" y generosidad, véase en el mismo texto "La risa de los obispos" (pp. 186-198), donde el autor se explaya sobre lo que denomina la "economía de la ofrenda".

ño del poder y la voluntad del “desprotegido”. Además, no es una relación que hace el bien o que busca hacer el bien en el otro sino, principalmente, que “me” hace bien produciendo un lavado de la conciencia culpable o inflando una actitud narcisista.²³ No provoca creciente autonomía como fuente para la expansión de una subjetividad responsable, origen de ciudadanía.

Y, fundamentalmente, porque el problema no es de índole particular y no se resuelve desde un compromiso personal con un niño o un proyecto, sino en un espacio colectivo construido como política pública. La dependencia y la cautividad de los niños en una relación de padrinazgo los hace víctimas del despotismo de la benevolencia y de toda clase de abusos.²⁴ Y cuan-

²³ Sugiero consultar aquí una obra señera y pionera que describe y explica el narcisismo en la cultura moderna: Lash, Christopher (1999). Este autor sugiere que participar en una ONG donando tiempo libre para “purificar” la conciencia, y sentirse “bien”, es equivalente para muchos a concurrir a un gimnasio para mantener el cuerpo sano y bello. Allí, después del esfuerzo, uno también se siente “bien”.

²⁴ El tema de las relaciones entre patrimonialismo y patronazgo en las ONG así como el ya clásico de las “primeras damas” y su asociación con la infancia, los he tratado en el artículo “El abrazo”, cap. VII, Bustelo (2000). Un clásico ejemplo de despotismo benevolente en política social fue el de Octavia Hill, la fundadora de la National Charity Organization en Inglaterra (Himmelfarb, 1992, caps. 4 y 14). Existen múltiples ejemplos de abuso flagrante de niños, niñas y adolescentes por parte de sus “benévolos” protectores. Un caso paradigmático es el del sacerdote Marcial Maciel Degollado, hasta hace poco presidente de la organización ultra conservadora Misioneros de Cristo y su movimiento Regnum Dei, al que pertenecen más de 60.000 voluntarios. Abusador de adolescentes y morfinómano, fue hallado culpable y recientemente apartado de sus funciones sacerdotales por la Congregación para la Doctrina de la Fe en la Santa Sede, después de un larguísimo proceso. Los Misioneros de Cristo concentran su ministerio en los ricos y los poderosos, por “el impacto benéfico” que tiene sobre toda la sociedad. Así, por ejemplo, el mexicano Carlos Slim, el hombre más rico de Latinoamérica con una fortuna estimada en U\$S 24.000 millones de origen incierto, fue recientemente invitado a formar parte de los Misioneros, al que ya están integrados importantes magnates de México, Chile y España. “El alma de un recolector de basura es tan importante co-

do con este enfoque se responde con programas del sector público, se promueve una ciudadanía tutelada que termina, bajo los argumentos del amparo, en la criminalización, opresión y represión de los niños, niñas y adolescentes.

El enfoque compasivo tiene, además —en su evocación de una supuesta responsabilidad social—, una práctica recaudatoria. En realidad se promueve la sensibilización presentando situaciones límite, en donde movilizar sentimientos tiene también como objetivo promover donaciones (pecuniarias, en bienes o en tiempo del donante). Y la donación da prestigio. Más perversa y tergiversada en su fingida intencionalidad es la organización de shows benéficos, rifas o cenas recaudatorias en donde los dueños del poder, además de disfrutar y “pasar un buen momento”, recaudan dinero para los niños y niñas pobres.²⁵ La crónica mediática es explícita en presentar una riqueza obscena como espectáculo que “divierte para beneficiar” a los niños. En este sentido, el discurso no tiene ninguna pretensión de distorsión comunicativa: los niños y niñas son un motivo más para mostrar la riqueza y la pertenencia a los círculos distintivos del poder.

mo la de Carlos Slim, pero si Slim se convirtiera, ¿se imagina la influencia y ‘el poder’ para hacer obras benéficas que él podría prestar?”, declaró Luanne Zurlo, ex analista de Morgan Stanley, que organizó un ágape en el Hotel Plaza de Nueva York para homenajear y convencer al magnate. Slim no es católico “muy devoto” pero está ayudando a crear 50 universidades de bajo costo en América Latina. Separado Maciel, los Misioneros de Cristo están ahora bajo la dirección del padre Álvaro Corquera quien afirma con fervor que continuará gobernando la organización “con una estricta fidelidad” al espíritu del fundador (información obtenida del *Wall Street Journal of the Americas*, publicada en *La Nación*, 23 de enero de 2006). Para una descripción de esta organización puede consultarse el artículo de Rodrigo Soto, “Por sus obras los conoceréis”, aparecido en la revista *El Periodista*, n° 155, en el sitio www.revelion.org.

²⁵ Hay una rentabilidad de estos eventos que presentan como una especie de escala en la cual casi siempre tiene primacía la discapacidad pues es lo más convocante y, en principio, menos sospechoso. Aunque el marketing de estos espectáculos puede “convertir” en importante cualquier banalidad.

El problema comienza cuando el niño entra en conflicto con la ley. Allí es donde naufraga este enfoque ya que convierte la compasión en feroz represión: el poder termina sin piedad imponiéndose a los que no tienen poder. El despotismo se hace explícito pues el "niño-amenaza" debe ser sometido y, a estos efectos, considerado adulto. En el momento de la internación, que coincide con la abolición efectiva de la voz y libertad del sujeto, es cuando se hace concreta la verdadera responsabilidad de una subjetividad sin derechos que ahora se considera autónoma y plenamente responsable. Es decir: el niño tendría "derechos" como sujeto infractor, esto es, el derecho a ser penalizado. La relación se invierte: de "protegido" pasa a ser responsable, y los "protectores" se convierten así en la fuente de la desprotección más inhumana.

La soberanía de esta relación de dominio termina finalmente expresándose en el poder de policía. No sólo en la institución policial sino también en los mecanismos de control y de poder que aseguran el disciplinamiento de la infancia y la adolescencia. Los niños, niñas y adolescentes terminan conformando lo que Robert Castel²⁶ denomina "clases peligrosas". De este modo, en muchos países se puede advertir, respecto de la infancia, un paulatino deslizamiento de un Estado Social a un Estado de la Seguridad en donde se proclama sin eufemismos "tolerancia cero".

La inversión

El segundo enfoque prevaleciente es el de la infancia y la adolescencia como inversión económica que produce una determinada rentabilidad. Se trata de una colonización conceptual del lenguaje expansivo de la economía profusamente pro-

²⁶ Castel (2003).

pagado por los bancos internacionales. Ésta es la versión utilitarista e individualista más páfida: es conveniente, en términos económicos, invertir en "capital humano", una paradoja para la más inhumana de todas las lógicas opresivas, la lógica del capital que ahora se hace "humana". Educar a un niño me conviene y nos conviene, aunque no sabemos si a ellos les conviene, pues no conocemos de qué educación se trata. De todos modos, ésta es una conveniencia económica que, en términos monetarios, se mide como "tasa de retorno". Con este argumento, que implica la introducción de la razón utilitaria por sobre los derechos, se pretende convencer al poder de que los niños son buenos para la lógica de la ganancia. Así encontramos hoy a los bancos y a las grandes corporaciones "trabajando" y haciendo promociones por los niños. La mercantilización de la infancia es así un negocio para las ahora "buenas" empresas y los bancos que mejoran, de paso, su imagen institucional.²⁷ Asimismo, bajo el argumento ético ha surgido una variedad de iniciativas como la banca ética y *Fund Trusts*, que se organizan bajo dos principios: el propietario de los depósitos debe saber de qué modo se está utilizando su dinero y éste se debe usar para financiar iniciativas que tengan un objetivo social como generar empleo para los excluidos, iniciativas para niños pobres o explota-

²⁷ Los bancos internacionales y los fondos de inversión también utilizan frecuentemente la imagen de niños y niñas incentivando a los padres a efectuar ahorros en el presente para poder darles a sus hijos un futuro mejor. En ese contexto, colocan al niño "dentro de la familia" y ocultan en ese apelativo sus verdaderas ganancias. El Banco Mundial usa en su publicidad programas de inmunización para niños o programas alimentarios por los que uno puede llegar a creer que es un verdadero titán en la lucha contra la pobreza y la defensa de los débiles. No se aclara que esos programas se financian con créditos que los países devuelven con intereses más la correspondiente tasa de "riesgo país", o que son "premios" por haber realizado programas de ajuste económico aceptando con obediencia las "condicionalidades" que el Banco Mundial y el FMI imponen, y que generalmente implican restricciones fiscales y monetarias con impactos sociales regresivos.

dos, o “proveyendo servicios o productos de utilidad social o apoyando procesos productivos limpios...”.²⁸ En este contexto, es muy paradigmática la iniciativa ética del BID por su escala, por los recursos puestos en su difusión propagandística y por su principal objetivo, que es hacer abogacía por una “eticidad” asociada a la transparencia del desarrollo y la política pública. Hablar de bancos predicando ética es como hacernos creer que el capitalismo ha perdido su objeto: sería como tomar café sin cafeína o cerveza sin alcohol.²⁹

²⁸ Ballesteros (2005), p. 406. En este artículo se describen varios proyectos, entre otros, el Grameen Bank de Bangladesh, el Sewa Bank de la India, la Banca Popolare de Italia y el Oikocredit, una cooperativa fundada por el Consejo Mundial de Iglesias. Sugerente es el Triodos Bank de Holanda que está inspirado en las tres “P”: *Planet, People y Profit*. ¡Todo un lenguaje! Con más o menos “sensibilidad”, el beneficio juega el principal rol, que es luego lavado por la finalidad social.

²⁹ Sigue a continuación lo que afirma la “misión” de la iniciativa del BID sobre capital social, ética y desarrollo: “La iniciativa aspira a ser un factor catalizador que despierte interés para impulsar las temáticas de ética, desarrollo y capital social por parte de gobiernos, partidos políticos, entidades empresariales, sindicatos, universidades, comunidades religiosas, organismos no gubernamentales y todas las organizaciones que trabajen por el bienestar colectivo en las sociedades del continente. La movilización de un amplio frente de acción conjunta en estos *campos* cruciales permitirá mejorar la calidad del debate sobre el desarrollo, enriquecerá los marcos para la adopción de políticas, aumentará las posibilidades de amplias concertaciones accionales y contribuirá a la asunción de códigos y conductas acordes a los criterios éticos deseables por parte de los principales responsables del desarrollo. En definitiva, se estará colectivamente contribuyendo al fortalecimiento y profundización de la democracia, al crecimiento económico y social, y a forjar la América Latina participativa, justa y pujante, a la que aspiran los pueblos de la región”. Fuente: www.iadb.org/etica. Después de la lectura de esta “misión”, no nos cabe la menor duda de que en América Latina y el Caribe lo mejor que puede pasar es colocarnos agradecidos en las manos del BID. En el contexto de mis argumentos, le doy importancia a esta iniciativa porque le otorga una gran prioridad conceptual al trabajo con la infancia.

En relación con el tema educativo de la infancia, la lógica de la ganancia argumenta que la inversión en educación determina, a mediano plazo, el crecimiento económico y que éste, a su vez, “derrama” generosa y equitativamente sus beneficios. Y si esto no alcanza a los niños, para ello existen “redes de seguridad” o “redes de contención” o “solidaridad privatizada”, un eufemismo para calificar la “governabilidad” social que se impone desde el poder. O el voluntariado, como una modalidad para expresar inescrupulosamente el carácter gratuito de los servicios de bienestar infantil.

De nuevo, el problema “realmente” aparece cuando niños y niñas se salen del guión y, entonces, el enfoque los convierte rápidamente en “costos”; son costos, ahora sí, en seguridad que la sociedad tiene que pagar. Sólo cuando el niño se hace “delincuente”, se convierte en un problema o preocupación pública. Los temas sobre inversión y seguridad están íntimamente conectados en la lógica de esta argumentación ya que la supuesta inversión educativa significaría, en realidad, el pago por la seguridad de no ser agredidos por los niños y adolescentes en un futuro próximo.

La fórmula utilitarista con la que se conceptualiza el tema sería: la probabilidad de cometer un delito es una función de la magnitud de la pena, de la posibilidad de que la pena sea aplicada y de la complejidad de los riesgos asociados a la ejecución del delito. O sea que, a mayor pena, disminuye la posibilidad de cometer un delito, y si hay altas probabilidades de que la pena sea aplicada, disminuye drásticamente la frecuencia de su ocurrencia. Finalmente, a mayores escollos en la ejecución del delito o delitos que requieran operaciones logísticas complejas, menor la probabilidad de su acontecer.

De aquí surge la idea de bajar la edad de la imputabilidad de la infancia así como la de incrementar las penas en el caso de niños en conflicto con la ley. Esto último redundaría en el caso permanente acoso, sobre todo, de los medios de comunicación al Poder Legislativo, para producir modificaciones lega-

les que aumenten las penas, y al Poder Judicial, para acelerar y endurecer los procesos y las condenas. Y si esto fuera poco, como el capitalismo tiene la capacidad de “capitalizar” sus propios excesos, surge la industria de la seguridad destinada a la ahora verdadera protección no ya de la infancia sino de los opulentos.

En resumen: en un primer momento, este enfoque afirma que la inversión en la infancia se conecta con la posibilidad de crecimiento económico vía el aumento de la productividad que se desprende de mayores niveles de educación. La educación sería, además, el único camino admitido de la inclusión y la movilidad social. En un segundo momento, sorpresivamente, “la inversión se invierte” presentando la infancia desde el miedo o la amenaza potencial ya que, si no se invierte en la infancia, se terminará en una situación de incontención o desborde, lo que será un atentado, a mediano plazo, a la propia seguridad individual de los poderosos. Además, no invertir ahora significa incurrir a mediano plazo en “costos” mayores para toda la sociedad. En ambos casos, la conclusión es predecible: los niños, niñas y adolescentes terminan en la ferocidad de la represión de sus derechos.

Antecedentes de esta actitud pueden ser encontrados en el movimiento “salvadores del niño” en los Estados Unidos en el siglo XIX, descritos en el excelente y pionero trabajo de Anthony Platt. La denominación “salvadores del niño” se ha utilizado para designar a un grupo de “reformadores sociales desinteresados que veían su causa como un caso de conciencia moral y no favorecían a ninguna clase ni ningún interés político particular”. Se definían como altruistas y humanitarios, y “su interés en la *pureza*, la *salvación*, la *inocencia*, la *corrupción* y la *protección* reflejaba una fe firme en la rectitud de su misión”.³⁰

³⁰ Platt (2001), p. 31.

Sin embargo, ellos fueron los precursores de la asociación del niño con la criminalidad y de tratarlo como si fuese un grupo social diferente y peligroso y, en su actuar, siempre terminaron imponiendo “sus concepciones de clase y elitistas”. El mencionado estudio concluye que dicho movimiento nunca fue una empresa humanitaria para ayudar a los obreros y a los niños pobres a liberarse del orden establecido que los oprimía sino que se trataba de personas pertenecientes a las clases media alta y alta que contribuyeron a crear nuevas formas de control social para proteger su poderío y defender sus privilegios.³¹ Y los “salvadores del niño” fueron además los que terminaron justificando la definición de espacios de internación.

Finalmente, resulta una paradoja, entre tantas en este *campo*, que la distorsión comunicativa pretenda hacer actuar a los detentores del poder y el establishment económico (los bancos, las grandes empresas, los multimedios, etcétera) a favor de la infancia bajo la idea de “responsabilidad social”. Todos tienen que hacer algo y forma parte de los nuevos enfoques del management que estimulan la vida ejemplar de los CEO a dedicar tiempo, esfuerzo y contribuciones económicas para ayudar a la infancia. El capital, con su ética asociada a la ganancia sin límites, se esfuerza por legitimarse como “responsable”, lo que lo desculpabilizaría de su responsabilidad social efectiva que es pagar impuestos y cumplir con sus deberes en el financiamiento y acompañamiento de una política pública. Aparece como benévolo, disimulando su rapacidad insaciable y, al presentarse como generoso, encubre las bases materiales objetivas sobre las que sostiene su poder opresivo. La filantropía presente, a diferencia de la primera, es que ahora se trata de un verdadero disfraz (véase el recuadro 3).

³¹ Como ejemplo, Platt comenta la lucha por la abolición del trabajo infantil entre los industriales de clase alta de Nueva York, que era vista como un medio para excluir a los comerciantes marginales y los trabajadores a domicilio, aumentando así la consolidación del poderío de sus negocios (p. 22).

¿Un neohumanismo de supermillonarios?

He introducido en este capítulo una concepción biopolítica de la infancia. A diferencia de las anteriores visiones sobre la niñez, la biopolítica se centra en el análisis de las relaciones sociales como relaciones de dominación, poniendo en evidencia el control de la vida desde la infancia temprana hasta el dominio del hombre desde su interioridad. La biopolítica no es sólo el disciplinamiento de la infancia sino también el biopoder como control de la subjetividad.

En la sociedad disciplinaria, los efectos de las tecnologías biopolíticas eran aún parciales, y se remitían principalmente a los órganos de tortura y encierro. En el presente, cuando el poder se hace biopolítico, el conjunto de la sociedad es apresado por el biopoder en una relación que es abierta, cualitativa y efectiva. La sociedad es impregnada por discursos que legitiman una posición de dominación y el control de la vida se realiza desde el acceso a ella y va recorriendo todos los puntos en donde ésta se expresa en la estructura social y en sus procesos de desarrollo. La biopolítica toma la vida como si la sociedad ahora tuviese un único cuerpo. Y el biopoder se expresa como un control que invade las profundidades de las conciencias de los adultos y de los cuerpos de la infancia.

He planteado la forma suprema del *homo sacer* como *niño sacer*. La filosofía presente todavía se niega a considerar que es en el *campo* de la infancia donde la biopolítica juega fuerte con todas sus armas. La magnitud de millones de muertes de niños y niñas o su sobrevivencia bajo las formas más exasperantes de necesidad se completan con la dramática constatación de que esos hechos permanecen impunes. Ese exceso producido, tolerado y silenciado abre las puertas a un supuesto humanismo compasivo. Este discurso compasivo ablanda y edulcora la conciencia de los adultos para ocultar su propia complicidad. Luego la adulteración convierte la infancia en inversión y señala su educación como acumulación en capital humano. Toda una

teoría del desarrollo surge fundamentándose en el despliegue de ventajas comparativas obtenidas mediante la educación como productora de “valor agregado”. Pero cuando los niños y niñas son puestos en cauces diferentes, se transforman en agresores de la sociedad. Allí se “minorizan” negando su ciudadanía y su destino se convierte en un tema policial. La biopolítica consigue transformar la infancia no como responsabilidad de los adultos sino de acuerdo con la inseguridad de éstos. Allí la biopolítica como control de la vida muestra su rostro más feroz retornando a la teoría del control, del disciplinamiento arbitrario y del encarcelamiento.

Todo poder tiene la necesidad de construirse como hege-